

La Voz de Guipúzcoa

Año VII.

Diario Republicano.

Núm. 2.371

Precios de suscripción.

SAN SEBASTIÁN: tres meses 4 pesetas.—PROVINCIALES, tres meses, 4,50 pesetas.—EXTRANJERO: un año, 35 pesetas.—ULTRAMAR: un año, 80 pesetas.

Las suscripciones hechas por conducto de los corresponsales, tienen un aumento de 10 por 100.

Número suelto, 5 céntimos.—Número atrasado, 10 céntimos.

No se devuelven los originales.

San Sebastián.—Viernes 23 de Octubre de 1891.

Redacción y Administración

Calle de Echaide, número 6, bajo.

Teléfono número 24.

Precios de inserción.

En cuarta plana, 10 céntimos la línea.—En tercera plana, suaves preferentes (negras), 20 céntimos la línea.—Cascotillas, 50 céntimos.—Anuncios en la primera plana, 1 peseta la línea.

ENCUADRES PROPORCIONALES AL NÚMERO DE INSCRIPCIONES.

COMUNICADOS: 4 precios convencionales, de 1 á 35 pesetas línea.

Recibe anuncios en París M. A. LORSTTE, rue Casimir 61, uno de nuestros corresponsales.

La Voz de Guipúzcoa

es el periódico de mayor circulación de esta provincia.

Servicio telegráfico especial

La Voz de Guipúzcoa

Cotización de la bolsa de Madrid 23 de Octubre 1891

1 por 100 interior	74,35
4 por 100 exterior	75,50
4 por 100 amortizable	87,65
Obligaciones del Tesoro	000,00
Billetes hipotecarios de Cuba 1886	301,70
Billetes hipotecarios de Cuba 1890	37,90
Acciones del Banco de España	338,—
Acciones de la Compañía de tabacos	00,—
Paris cheque	12,35
Paris 8 dias vista	12,25
Londres cheque	28,25
Londres 90 dias fecha	00,00

Buenos-Aires día 21, oro 444.

Los cambios sobre el Extranjero

Desde nuestro artículo anterior sobre igual asunto y en el que emitíamos la opinión de que nuestra Cámara de Comercio debería intervenir dando a conocer su parecer acerca de las medidas que deben ponerse en práctica para mejorar nuestra situación respecto del extranjero, hemos visto que tres Cámaras de Comercio, la de Burgos, la de Madrid y la de Barcelona se han congregado ya para tratar de este asunto.

Continuamos creyendo que no basta con reunirse y tomar dos ó tres acuerdos que se disipan en cuanto sale uno del local de la reunión. Es necesario que alguna Cámara de Comercio, y deploramos que no sea la nuestra, eleve su voz en términos que de no ser escuchada, lo lamenta quien persista en hacerse el sordo.

Pero también creemos que tomando la iniciativa cualquiera Cámara de Comercio de cierta respetabilidad y secundada por unas cuantas más, sabrían imponerse, y tanto el Banco de España como el Gobierno de la nación se verían en el caso de atender á sus consejos.

Nuestros lectores conocen ya el plan de campaña que conceptuamos como el más adecuado y provechoso.

Lo primero á que hay que aspirar es á la nivelación aproximada de los cambios, conseguir que entre la peseta y el franco haya la menor diferencia posible.

Restringiendo el Banco sus préstamos sobre valores mediante una elevación del interés hasta el 6 por 100 y reduciendo su circulación fiduciaria á lo estrictamente previsto por la ley y luego y por su lado el gobierno (y lo mismo se lo decimos á un gobierno conservador que se lo diríamos á uno fusionista ó republicano) disminuyendo sus gastos de guerra marina y del personal inútil de todos los ministerios de un modo evidente y palpable, creemos firmemente que la nivelación sería rápida.

Una vez logrado esto y hallándose ya en España más de la mitad de la deuda exterior podría el gobierno refundir sus actuales deudas en dos únicas, pagaderas los intereses solo en pesetas. A esto ya nada se opondría. Los cambios equilibrados y en poder de manos españolas casi toda la deuda exterior, quedaríamos ya y para siempre emancipados del compromiso de ir á pagar á Paris y á Londres los intereses de deudas nuestras.

Y por fin, y consolidada sobre bases fuertes la deuda nacional, con unos cuantos años de ausencia de todo déficit en los presupuestos, nuestro crédito aumentaría y los cursos de nuestras rentas experimentarían mejoras indudables que aconsejarían una nueva conversión cuyo objetivo sería una reducción en el interés y para cuya realización si nada anormal ocurriera no se tropezaría con obstáculo alguno.

En este instante llega el telegrama de la Bolsa:

«Paris 12,35 por 100.
Londres 28,25 »

Cuando ya no haya remedio, entonces será cuando el comercio y sus Cámaras empleen á lamentarse.

El Banco viene cotizado á 398 por 100. En 15 días una baja de 16 enteros; prueba palpable de cómo se juzga en el mundo financiero su admirable gestión.

Estábamos por desgracia en lo cierto, al decir en nuestro artículo del 17 que debía aconsejarse el cambio de valores españoles por valores extranjeros de mayor estabilidad.

El Banco de España ha creído que para él no regían las leyes de prudencia que presiden en

todos los demás Bancos europeos, se han creído sus consejeros dotados de la mayor y más perfecta infalibilidad, y á este estado nos han traído sus improvisaciones.

Para que se vea cuán poco se han preocupado tanto el Gobierno como el Banco, de evitar al país la actual crisis económica, y que en nuestro sentir no hace sino empezar, baste con hacer la siguiente comparación entre la situación de nuestra Hacienda con la de Italia.

Nuestras deudas suman en junto, incluyendo la del 5 por 100 reconocida á los Estados Unidos, la de las corporaciones civiles, 2 por 100 amortizable, exterior, la reconocida al clero por permutación de sus bienes y otras, pesetas 6.224.000.000—qu á los cambios de hoy producen un 5 1/2 por 100 aproximadamente.

La deuda de Italia, cada año en aumento, era el año 1890 de 22.000.000.000 de liras ó sea muy cerca de cuatro veces mayor que la de España. Sin embargo de esto su deuda 5 por 100 reducida al 4,31 por 100 con deducción del impuesto, se cotiza á 90 por 100 rindiendo un 4 4/5 por 100. Y no solo es su deuda tan considerablemente superior á la nuestra, sino que no puede compararse siquiera la riqueza natural de Italia con la de España. En minerales la producción italiana apenas llega á 75 millones de pesetas, la de España es seguramente cinco veces mayor.

Mayor también nuestra producción vinícola y otras varias.

Italia importa al año por valor de 440 millones de pesetas más de lo que exporta y España exporta (1890) por valor de 90 millones más de lo que importa.

Véase pues, lo que con una marcha prudente y reflexionada, del gobierno en unión con el Banco podría conseguirse.

MEDIDAS SANITARIAS

Parece escrita expresamente para los españoles la frase tan generalizada de que nadie se acuerda de Santa Bárbara hasta que truena.»

En efecto, hasta después que ocurren catástrofes tan horribles como la de Quintanilla no nos fijamos en que los trenes necesitan frenos automáticos, y timbres de alarma y no sabemos cuántas cosas más.

Hasta que las aguas no destruyen pueblos enteros allá en Levante no nos acordamos de que los ríos requieren que se les encauce y sus riberas diques de contención.

Hasta que no se declara una epidemia no vemos que el peligro exista en pie y que debíamos haber destruido con tiempo los puntos de infección.

Con un quién lo pensará creemos salir del paso. Con una polémica pensamos los periódicos hacer mucho.

Reconozcamos todos nuestro error y condenemos nuestra apatía y nuestra indolencia oriental.

Llevamos mucho tiempo, llevamos muchos años viendo en Pasajes esos pantanos inmundos que si hasta ahora no han producido más estragos debe ser sin duda porque también hay una Providencia para los descuidados é indolentes.

Quizá en este cargo fundadísimo que formulamos nos corresponda á nosotros particularmente la menor parte, porque en estas columnas muchísimas veces, tantas que acaso á algunos les haya parecido pesadéz irritante, hemos estampado quejas y denuncias insistentes que nuestro celoso corresponsal en aquella localidad, haciéndose eco de los sentimientos de aquel vecindario, nos enviaba.

A principios del verano escribimos también un artículo sobre el mismo tema, haciendo ver lo necesario, lo indispensable que era acudir á conjurar el peligro inminente que constituían los estancamientos de agua que existen en Ancho.

Hasta creemos que se giró por las autoridades una visita en la que se pusieron muchas esperanzas.

Ahora que allí se ha iniciado una epidemia, aunque afortunadamente no haya adquirido hasta el momento, alarmantes proporciones; ahora, decimos, es cuando se nos ocurre mirar con horror á aquellas lagunas pestilenciales.

Si esto ocurre hace dos meses, cuando el calor podía favorecer al desarrollo de la enfermedad, y la colonia forestera, justamente alarmada, hubiese emprendido la huida de esta ciudad, ¡qué de lamentos los nuestros! ¡qué de suspiros y reconvencciones! ¡qué perjuicios más enormes para la población!

Pero el verano ha pasado. No tenemos quedado en familia. El peligro que tenemos ahí cerca, á las puertas de la ciudad, da señales de vida, nos amenaza, comienza á hacer estragos que pueden—¡Dios no lo quiera!—ir en aumento!

No lo decimos por alarmar á la opinión. Realmente no hay peligro del instante. Los casos de viruela ocurridos en Ancho son aislados y la enfermedad no ha tomado carácter epidémico que pueda atemorizarlos.

Pero tampoco por propio egoísmo y por buscar en el silencio la tranquilidad de esta población puede dejarse á un pueblo abandonado y sin defensa en sus legítimas quejas.

Un colega local dice ayer contestando á una apreciación de nuestro corresponsal, que el señor Lasala tiene saneados todos los terrenos de su pertenencia en dicha localidad.

Bueno. Mejor para él. A nosotros nos dá lo mismo que se llame duque de Mandas ó Perico el d los Palotes el propietario ó propietarios de aquellos terrenos. Sean quienes fueren, debe obligárseles á sapear sus pertenencias, en pró de la higiene y de la sanidad, en defensa de un crecido número de vidas que tienen allí una amenaza constante y pavorosa.

No es solo Pasajes quien reclama mucha energía; es también San Sebastián, son los intereses de ambas localidades.

Y no se restablecerá la tranquilidad y se conjurará el peligro con muchos médicos y convoyes de desinfectantes.

La tranquilidad quedará restablecida y conjurado el peligro, cuando aquellas inmundas y repugnantes charcas desaparezcan para ser terrenos firmes y sanos.

CARLISTAS Y LIBERALES

(Cuento fantástico).

Después de la de Amorevieta el diablo salió malhumorado de su cámara y en el vestíbulo del Infierno congregó á sus servidores, diablos de tras al cuarto, corvejeados de poca monta, corchos gabinetes de su majestad satánica, y así les dijo:—Subo de nuevo á España á enviar almas á mis estados. Cuando haya tantas—porque he de enviar muchas—que no sepaís dónde meterlas subid uno á decirme. Me encontrareis sentado en el Aitzgorri. Hasta la vista.

Y desapareció acompañado de ruidos subterráneos y tufo de azufre.

Diz que corrió de aquí para allí tratando á viejas gruñonas y santurronas y soplándoles al oído á los curas más levantiscos de estas comarcas.

Hechos estos preliminares trabajos subió de un salto al Aitzgorri, sentóse en la cresta, espucó por el colmillo y comenzó la guerra.

Lo que Barrabás gozó allí no es para contarlo; los años se le hicieron semanas, las semanas horas y las horas segundos.

Cuando vio aparecer por un lado en las llanuras de Alava los batallones carlistas buscando la defensiva, montar las baterías en el desfiladero de Pancorbo y en las crestas de la sierra de Oca, y correr los batallones en las orillas del Ebro y del Burunda. Por otro lado, á las partidas trepar por el Añón, el Zetui y el Udalaitz. Por otro congregarse fuerzas insurrectas á los pies del Araiz y en la garganta de Ozaurre y horruquear boinas por el valle del Oría. Y por acá y por allá aparecer fuerzas liberales buscando al enemigo.

Cuando vio que el Hernio y la Peña de Aya, y el Adarra y el Jaitzquibel y el Zaraya se arrojaban estornudos de metralla.

Cuando vio que desde Arariz y Udalaitz á Irungarrieta y Arno, y desde la costa á Iñochorta y Arlaban se cruzaban nubes de azulado humo, verdadera tormenta de granizo de plomo.

Cuando escuchó el estampido de los cañones que retumbaba sobre los montes como si del cielo hubiese caído una bola inmensa de metal que rodase de cerro en cerro, y llegó á sus oídos el eco, multiplicado en las montañas, de las descargas de fusilería y el toque de retrompa de las campanas y el ronco sonido de la trompeta atronada por el humo de la pólvora.

Entonces el diablo se frotaba las manos de gusto y con la cola se acariciaba la cara.

Y así como el avaro sonrió al sonar de una moneda que cae en sus arcas, así él sonreía á cada ¡ay! que escuchaba pensando para su caltre: «un alma más para mis dominios».

Es fama que no abandonó su asiento de mil seiscientos metros de altura más que para volver á soplar al oído á los curas y santurrones que con sus predicamentos excitaban é incitaban á las infelices gentes á proseguir la guerra y á engrosar las filas de los carlistas.

Y aunque veía caer á centenares de liberales y carlistas muertos en la fratricida lid, ni se compadecía ni se sacaba, esperando del infierno el aviso de: «señor, que ya no caben más».

En sus cuentas galanas no concebía que uno solo de los que morían en medio de aquella fiebre de odio y desesparación pudiera salvarse y ganar las puertas del Paraíso.

¡Todas para mí! ¡todas para mí! decía codicioso desahucando con una mirada impregnada de fuego al cielo.

Pasaron los días, los meses y los años. La matanza seguía terrible y despiadada. El aviso del Infierno no venía. Cabían más, ¡adelante!

Por fin un día llegó en que gateado el Aitzgorri se le presentó un demonio feo y asqueroso, de voz gangosa y ojos de fósforo.

«¿Qué hay? Que ya no caben más ¿verdad?—preguntó sonriente el diablo.

—Al contrario, señor, al contrario—contestó el diablillo haciendo una pirueta sobre un pié y atusándose los cuernos—que al cabo de tanto tiempo como faltais de vuestro reino apenas si ha entrado un centenar de almas.

—¿Pues y los miles de soldados liberales y carlistas que veo morir, mentecato?

—Esos luchan como bravos, mueren como héroes, los perdona Dios y se los lleva consigo.

—¿Y quienes son los que han ido á mis dominios?

—Los jefes de partidas, curas y santurrones que han instigado á los pueblos y fomentado la lucha.

El diablo desapareció por encantamiento trágandosele el Aitzgorri.

Entonces acabó la guerra.

A ÉMBRE.

ARTISTAS GUIPUZCOANOS.

(Instantáneas).

XIV

Nuestros oradores.—Vicente Manterola

Si las mitras se concediesen por méritos de talento, Manterola sería á estas fechas lo menos arzobispo.

Manterola, una de las figuras más salientes de las inmortales y sábias cortes del 69, es hoy por su saber una de las figuras más notables del sacerdocio y por su oratoria uno de los mejores indiscutiblemente oradores sagrados.

Ante él hay que descubrirse saludando á la sabiduría y á la elocuencia.

Hace seis años, el autor de estas líneas acompañaba al Ilustre Pi y Margall y al ex-diputado republicano Sr. Moya en una visita á la incomparable é Imperial Toledo.

Ceros de caloros horas invertimos en ver y admirar aquella catedral y los tesoros artísticos que encierra. Manterola que profesa buena amistad al emicante repúblico y venera en él al profundo filósofo y hablista sin par, nos sirvió de cicerone en el templo donde tiene una canongía.

Al despedirnos, nos dijo con tono irónico aunque claro es que cariñoso:

—Supongo que cuando ustedes sean poder me harán cardenal:

—¡Si!—le contestó Moya en el mismo tono—en todo el cuerpo.

Se creará que estas palabras, aún dichas amistosamente ó entrañan un chiste ó significan una amenaza.

Nada de eso. Es una exclamación que encierra el mayor elogio á Manterola, porque tienen la intención de decir franca y honradamente: La verdad es que tanto nos ha combatido usted y con tanta fortuna que bien merecía usted un *palo*.

Manterola es algo extraordinario y raro en su clase y en su género.

De ojos negros y centelleantes, de morena tez, arqueadas cejas y boca grande, espesa y rápida cabellera jaspeada por el blanco de las canas, su figura más que la de un sacerdote, como ha dicho Cañamaque, es la de un seglar animoso y fuerte...

Teólogo profundo, orador grandilocuente, periodista brillante, político apasionado, pero tan apasionado en la tempestad como en la calma, porque con igual pasión que impugnó á Castelar en las Cortes y predicó en Estella en pro de D. Carlos, es partidario ahora de la indiferencia y vive entregado á las funciones de su ministerio sin acordarse para nada de la política.

Apenas conocido fuera de San Sebastián y Victoria llegó á las Cortes constituyentes, le víamos, comienza á hablar, y he aquí lo que dice de él dicho Sr. Cañamaque en su obra *Los Oradores de 1869* refiriéndose á los primeros párrafos del discurso:

«La Cámara comprendió desde luego que el adversario era terrible y que Castelar tendría que hacer un esfuerzo. Manterola, cada vez más desdénso para con las Cortes, recorría el sítico de las glorias de la Iglesia y ponía uno á uno sus capullos enfrente de las glorias de «la libertad y de la ciencia».

Como en estas instantáneas no hacemos crítica, nos limitaremos á decir que cuantos le han oído hablar hacen la justicia de reconocerle como á una gloria del país y de la Iglesia.

Fué carlista, emigró, volvió de la emigración, reconoció á D. Alfonso y abrazó posteriormente la causa alfonsina en un discurso que pronunció en Eclja; fué economo en Toledo.

Habló en público por primera vez un día de Jueves Santo en la Iglesia de Santa María de esta ciudad, y no era todavía más que diácono. El auditorio salió deslumbrado.

Manterola honra á este suelo que le vio nacer.

¿Por qué no es obispo? Porque no necesita serlo para ser venerado y admirado como sábio y como orador.

Los nuevos fusiles

En los círculos militares hemos oído una interesante conversacion referente al armamento de nuestro ejército, conversacion que, por su importancia, creemos útil extractarla aquí, para que por este medio pueda llegar á conocimiento de aquellas personas que están llamadas á resolver tan delicado asunto.